

CÓMO TERMINÓ UNA VIDA

La luz, discretamente velada por fina pantalla de color azul, se extendía medrosa y tímida por el cuarto, cubriendo de vaga claridad los muebles más próximos, llegaba hasta el suelo cubierto de tupida alfombra y se iba rastreando por él, perdiendo entre el tejido del alfombrado el brillo opaco con que saliera; llegaba así hasta la pared, en donde, recobrando algún tanto el valor, hacía un esfuerzo para reunir los rayos perdidos que, ocultándose entre los pliegues de portiers y cortinas, jugaban al escondite, y llegando, gracias a esta maniobra, a recobrar en algo el antiguo brillo, sacando fuerzas de flaqueza, escalaba osadamente los muros tapizados, pretendiendo extender por ellos su azulada claridad.

En los primeros pasos lograba conservar su primitiva intensidad; pero, al ir ascendiendo, debilitábase gradualmente, dejando en cada pliegue del tapiz, enganchado, un rayo, que, introduciéndose por el tejido, se colaba entre la pared y el paño. Llegaba hasta tal punto la decadencia de la luz que, al acercarse al techo, estaba tan anémica, tan pálida, que se confundía con las sombras, y, juntamente con ellas, reforzándolas, cubría los rincones y paredes de la habitación, se metía en los huecos de puertas y ventanas, rodeaba los muebles y cuadros, y, por último, desde las esquinas del techo, se lanzaba sobre todo él, invadiéndole de sombras, que hacían aparecer los amorcillos, las flores y mujeres que lo decoraban, como pintura fantástica en la que apenas se adivinaban las figuras, pues las sombras no dejaban percibir el color ni las líneas, apareciendo así como una cosa que se mirase en sueños: vaga y nebulosa.

Dentro de la habitación no se sentía ni un ruido, el silencio era completo; parecía que en aquella noche era

más majestuoso y solemne. A través de los cristales de las ventanas, empañados por el aire frío que corría afuera, se podían percibir los árboles del paseo que, envueltos por la sombra de la noche, y vistos desde la cómoda butaca en que la linda baronesa se había dejado caer, semejaban siluetas de gigantes que extendían sus secos y larguiruchos brazos cual si quisieran agarrar algo, algo que nunca encontraban.

Muchas veces, en sus noches de insomnio, cuando desesperada de no poder dormir se echaba de la cama, y, casi desnuda, se sentaba en aquella misma butaca, tiritando de frío, le había parecido ver que aquellos leñosos brazos se alargaban y se alargaban hasta llegar a la ventana, y que, ya allí, se ponían a teclear en los vidrios una monótona canción. Ahora mismo, en aquel momento, le parecía sentirla en los oídos, vibrante y rítmica, pero monótona e igual. Y aquello la hacía quedarse dormida en la misma butaca, dominada por la extraña música y adormecida por aquel continuado sonido de invariable tono, y por el ruido del follaje agitado por el viento, amaneciendo al día siguiente aterida de frío, con las blancas carnes enrojecidas y la epidermis insensible a todo contacto, de la intensidad y duración de tal temperatura.

Casi todas las noches, cuando rendida y fatigada volvía de algún sarao, dejábase caer en aquella butaca, muchas veces sin quitarse el rico vestido ni las joyas, y se entregaba a sus pensamientos, dando rienda suelta a su loca fantasía. Entonces, envuelta por aquella atmósfera templada de la habitación, respirando los perfumes que exhalaban las plantas exóticas que allí dentro había, se iba adormeciendo, el cuerpo muerto de cansancio dejaba de moverse, la máquina humana se dormía, y, aunque la materia aspiraba a dominarlo todo, el alma ardiente e infatigable continuaba allá dentro, en la mezquina cárcel, haciendo pensar al cerebro, en lucha a brazo partido con él, que también quería echarse a descansar en brazos del sueño.

Aquella madrugada, de vuelta del espléndido baile de los de Urdiales, había hecho lo mismo que siempre, se había dejado caer en la butaca, pero no se durmió; miraba los árboles que más que nunca parecían alargarse, provo-

cándola, y los faroles del paseo que, como brillantes ojos de cíclopes, aparecían en medio de las densas tinieblas; pensaba en el baile; aún le parecía oír el sonido de la orquesta ejecutando bailables para el cotillón; cerraba los ojos y veía allí mismo las parejas danzando, y aquella amalgama de *toilettes* riquísimas de miles de colores y fracs negros de los irreprochables; creía sentir el ruido aquel peculiar de las voces y las risas junto con el crujir de la seda, y sobre todo le parecía estar mirando, como si junto le tuviese, pues para ella era el punto en que todo el baile se compendia, al condesito del Perdulario, el *lion* de los salones, siempre elegante e irreprochable, con su rubia patilla sedosa y perfumada, con aquellos ojos azules, grandes y vivos, y aquel cuerpo fornido y robusto al par que elegante, representación verdadera de la belleza varonil como ella la comprendía, la belleza bruta de la forma. Eso era lo más que en él la entusiasmaba, sus robustas formas y su irreprochable elegancia; por eso había estado bailando con él toda la noche, con él, que al enlazarla el talle para bailar, parecía que la llevaba abrazada, pero tan dulcemente, que se dejaba llevar estremecida de placer en las vertiginosas vueltas del vals, sin fuerzas para nada, lánguidamente recostada sobre su hombro, y sin vida más que para mirarlo.

¡Con qué gusto le hubiera oído una declaración de amor, pero una declaración formal, porque ella no quería sino casarse con él, consagrar toda la vida a adorarlo, a vivir nada más que para él y por él! Tarde o temprano tenía que caer en lazo matrimonial, y a la verdad que con nadie mejor que con ella podía casarse, con ella que lo amaba. ¿Y por qué no había de suceder eso? Todo podía ser, porque ella, viuda, joven, sin parientes ni próximos ni lejanos, y rica por añadidura, era un buen partido para el conde, ¡vaya que sí lo era! Como que él no andaba muy bien de intereses, y eso le constaba a ella por el ayuda de cámara del conde, que se lo había dicho a su doncella; andaba muy mal, pero muy mal, vamos, con el agua al cuello. Nada, que desde el siguiente día empezaría a poner en juego todos sus atractivos para pescarlo; no había remedio, tenía que ser su marido..., lo quería ella y bastaba.

Contenta con su resolución, decidió acostarse; llamo a la doncella, y, a poco rato, descansaba entre las perfumadas sábanas de raso. Sólo se le veía, allá, entre las colgaduras, la cabeza, rodeada de aquel marco dorado formado por la cabellera. Era muy hermosa, y lo que más valía en su hermosura era que unía, a la pureza y corrección de líneas de una estatua griega, la expresión provocativa y picante de una legítima chula.

* * *

La luz, ya muy debilitada, apenas alumbraba. Su claridad no llegaba a traspasar las colgaduras del lecho; el cuarto estaba casi en tinieblas; los objetos se dibujaban confusos proyectando en la pared gigantescas y extrañas figuras; la sombra lo iba invadiendo todo. La luz apagábase por momentos; a sus oscilaciones, tan pronto aumentaban de tamaño los objetos en la sombra, como, en rápido decrecimiento, se convertían en raquítricos pigmeos que apenas pasaban del suelo. Era aquello así como en el mundo: unos subían y otros bajaban, pero lo hacían más rápidamente los que bajaban.

De pronto, la llama pareció reanimarse, brotó de ella súbito resplandor que hizo recobrar a las fantásticas sombras su primitiva posición, y, cuando ya todo estuvo en orden, cuando la luz desalojó las sombras del cuarto, como si aquel esfuerzo la hubiera aniquilado, no aguardó a más, y expiró la llama, volviendo todo a la oscuridad.

A los pocos momentos, sólo se oía la tranquila respiración de la hermosa, que, sonriente de felicidad, dormía en sueño amoroso.

Durmió tranquila un buen rato; pero, pasado algún tiempo, despertó. El insomnio, su eterno compañero, se apoderó de ella, y no pudo volver a dormir; corrió una de las cortinas, y, recostándose en el lecho, se puso a mirar los árboles del paseo, con su oscuro follaje y sus largos brazos, que parecían querer romper las vidrieras para agarrarla. De pronto, cuando más ensimismada estaba en su contemplación, cuando la loca imaginación comenzaba a hacer de las suyas, sintió en la habitación vecina rumor de pasos, pero tan tenues y callados que ne-

cesario era poner gran cuidado para oírlos; oyó chirriar la puerta de su cuarto, el ruido que producía el portier al ser levantado, y vio penetrar hasta el fondo del lecho un hilito de luz tan fino, que sólo le iluminaba la cara débilmente. Cerró los ojos...

Creyeron que dormía y se adelantaron silenciosos por la habitación. Colocaron la linterna encima del elegante mueble japonés que servía de escritorio, pero de tal manera, que el hilito de luz caía precisamente sobre el rostro de la baronesa. Abrió ésta, poco a poco, los ojos. Allí, junto a su lecho, mirándola fijamente, con el puñal suspendido sobre su pecho, estaba un hombre; otro, abría y descerrajaba roperos y cajones a su antojo. Y, siempre, cayendo sobre su cara el rayito de luz que la aterrorizaba, al hacer brillar la acerada hoja del puñal. No pudo cerrar más los ojos.

* * *

A la mañana siguiente, cuando, al ver puertas y ventanas abiertas, entraron en su cuarto, se la encontraron tendida en el lecho, descubierto el hermoso busto mostrando sus exuberantes formas, rígida y yerta, los ojos dilatados espantosamente, conservando en la postrer mirada tal expresión de miedo y de amor a la vida, que daba compasión.

Y, allí, sobre el escritorio japonés, la linterna, dirigiendo a las inmóviles pupilas el débil hilito de luz, como desafiándola aún después de muerta.

JOSÉ BALTASAR CHAMPSAUR MILLARES

Octubre de 1890.